•• VICENTE GERBASI: POEMAS

POCOS POETAS venezolanos son ejemplo de una entrega tan radical a la poesía como Vicente Gerbasi. Mas su constancia proviene de un modo natural de ser y vivir en el ejercicio poético. Toda otra actividad viene a parecer, en Gerbasi, no esencial sino complementaria de una personalidad más profunda que es la que libra, sin abdicar sus compromisos de circunstancia, el debate con los enigmas del hombre y del mundo. De este desafío a la realidad para explicársela, descubrirla, expresarla — han surgido, en un lenguaje que ya es estilo e invención personal, algunos de los más hermosos poemas escritos en Venezuela. Ha surgido, paralelamente, uno de nuestros más característicos poetas con obra armoniosa, bien estructurada y de mayor equilibrio tanto en la unidad de la forma como en la evolución temática.

Atraído por la luz, las misteriosas penumbras, los estallidos de color, las razones de vigilia y melancolía de ciertos espacios, Gerbasi cree, sin alucinarse más allá de donde lo permite la rebeldía del lenguaje, sin excederse en el uso intensivo de la palabra, una poesía serena, melodiosa, que irradia de sí misma los objetos que nombra como invitándonos a percibir en su malla transparente los sentidos inesperados de una segunda realidad. Las presencias de la tierra, los paisajes, sonidos y colores abandonan su estática apariencia, su casta soledad exterior y sabiamente tratados por el soplo vivo de la nueva corriente poética, sujetos al nuevo rigor que una sensibilidad más afinada y madura les impone, alcanzan, en la poesía de Gerbasi, una perspectiva mágica, irreal. Adquieren, en la complicada naturaleza del poema, significaciones no diferentes del múltiple y perplejo destino del hombre. Este contacto permanente con las formas externas no ha sinembargo obstruido la percepción interior de Gerbasi. Tal realidad entrevista en el

despierto soñar del quehacer poético es sólo punto de apoyo, sostén que sirve a la imaginación para reelaborar sus vivencias.

Desde sus primeros libros (**Vigilia del Náufrago, Bosque Doliente, Liras**) hasta **Mi Padre, el Inmigrante**, el más representativo de Vicente Gerbasi, libro fundamental en la poesía venezolana y quizá entre los mejores de los escritos en América; sin excluir los hermosos poemas de **Los Espacios Cálidos**; puede observarse una suerte de vasta depuración e intimación donde la compañía externa cede en sus aislados propósitos para asociarse a una más humana trascendencia. La evolución del lenguaje y el estilo ha provocado, simultáneamente, la modificación en el uso de aquellos elementos exteriores que parecían abundar en la obra de Gerbasi. Lúcidamente fueron incorporados a la realidad más auténtica de la proyección interior. Los dos libros últimamente nombrados revelan, sin duda, la culminación de ese proceso.

Casi sublimados por el nuevo destino que poseen hallamos ahora esos elementos externos, aunque en menor proporción real, material, porque figuran como imágenes de profunda evocación, en los últimos poemas que a orillas del Mar Muerto, en tierras sagradas, en montes de revelación, entre beduinos y el polvo negro que arrastra el Hamsin, escribe Vicente Gerbasi. Descifrando huellas eternas, hurgando la excitante actualidad de un mundo todavía regido por la misma fuerza que ayer movió la plateada copa de sus olivos, sus rebaños de cabras, sus tiendas a la luz inacabable del desierto. Gerbasi, cada vez más exigente en el uso de sus dones poéticos, nos ofrece una visión certera de aquellos lugares en lenguaje evidentemente suyo, personal. "Olivos de Eternidad", primer libro de esta experiencia, viene a completarse hoy con otros poemas de genejante nobleza.

Los que hoy publicamos responden a ese encuentro del poeta con otras latitudes tan cargadas de signos y señales, encuentro con la irresistible grandeza de un pueblo fiel a sus lejanas tradiciones sin olvidar la expiación que el avatar del mundo le impone cada día. Reflejo de esa dimensión imprevista entre lo simple y cotidiano y su inaceptable proyección en el tiempo, son estos poemas donde el dato concreto, histórico o divino en virtud del conjuro evocador, asume una función trascendente.

L. G. M.

NOCTURNO

Arboles, candelabros-de-David,
fuertes de oscuro verde
entre rocas,
con un astro
sobre cada una de las siete ramas
que mueven las tinieblas de la noche
hacia la música de un arpa.

Israel, la antigüedad
de tus valles y tus montes
es solemne en el corazón como un himno.

Fórmanse nubes de geografía azul
al nacimiento de la luna,
en lejanías de caravanas
rumbo a las especias.

Anís de estrellas,
canela nocturna,
árbol del pimiento
que en fragancias mueve el aire de oriente.

Sombras, arboladas sombras.
Noche elevada en árboles de siete ramas,
en candelabros de siete astros.
Noche que nos sostiene
en la vasta música de un arpa.

LOS BEDUINOS

CUANDO los chacales pasan con lenta ira,
grises de penumbra,
cabizbajos en el hambre,
llorando como seres del infierno,
mordiendo la nada
con afilados dientes
enrojecidos por las llamas
que levanta el amanecer,
huyendo en un día de la eternidad,
en un allí infinito de amarillo y fuego,
en medio del tiempo del sol y de la arena,
los beduinos se arrodillan y besan el desierto.
El camello los acompaña en su adusto silencio,
confundido con las ondulaciones de ese mundo.
De pie, ellos dicen:

"Cuando Dios creó el mundo, El tomó el viento, y con el viento El hizo a los beduinos. Después El tomó una flecha, y con la flecha El hizo el caballo. Después El tomó el barro, y con el barro El hizo el asno. En fin, por pura commiseración, El tomó el estiércol del asno, y con el estiércol del asno El hizo a los campesinos y a los ciudadanos".

Así los beduinos son como el Hamsín,
el viento del sur y del este,
que levanta demonios de arena
en las horas caniculares del alma,
cuando las mujeres ocultan su rostro
entre paños negros
para que en nosotros sea el sol más ardiente.
Lejos están las ciudades blancas,
los rumbos de la canela y el azafrán.
No hay ni lunes ni jueves, ni un día de fiesta.
Sólo el viento en que lloran los muertos,
el viento que dispersa a los beduinos,
que los lleva con sus tiendas negras
hechas con pelambre de cabra negra.
Apenas un tenso diálogo
existe entre su nacimiento y su muerte,
entre el amanecer y la caída de la noche
que vuelve a encender las arenas
en un misterio rojo de horizontes.
Ellos son los puntos cardinales,
sin un árbol, sin una nube,
de pie en sus aniversarios astrales,
de pie, siempre de pie,
porque saben que ellos también serán arena.
Viajan de confín en confín,
rodeados de animales,
de generación en generación,
de siglo en siglo,
y cuando se les ve entre las rocas,
sus ojos son de halcones,
como si hubieran volado con la arena
por el viento.
Yo he estado en algunas de sus tiendas,
en medio de tapices, colchones, cojines,
enseres de cocina y flautas pastoriles.
Me han ofrecido café,
molido al son de sus tambores.
De pie, cada uno de ellos era un silencio grave,
en su larga túnica de mercaderes de estrellas.
Alejaron a las mujeres
de la presencia del extranjero.
Pero una mujer joven,
con su rostro oculto,
me ofreció agua de cisterna.
En sus ojos negros
vi el fulgor de un amor peligroso,
y la muerte como arena del desierto.

CALENDARIO

MIE RODEAN signos zodiacales
de un calendario de Oriente.
La lira infinita
que el viento tañe en los granados;
la balanza del mercader de perlas
en un caluroso mercado de nómadas;
el escorpión que sale de una cueva funeraria,
donde encontramos huesos, monedas,
lámparas de greda elaboradas
en edades heroicas.

El tiempo pasa con exorcismos
en los trapiches
donde brilla el aceite humeante;
en la visión musical de rebaños de ovejas
en valles de rocas doradas
por un sol de golondrinas;
en un vasto desasosiego nocturno
de luciérnagas que iluminan ciruelos
sembrados en fila hacia una sombra de tumbas.

Noche y día giran entre signos astrales
de un estar y no estar vivo
en presencia de tan graves muertos.

En este calendario
estoy fijo como una cigarra
de diamante
que arde en un día de azul puro.

Praderas de añoranza.
En mis ojos yace la soledad
en un silencio
de membrillos que maduran.

Semejante a un afán
me consumo en esas nubes
que incendian el ocaso
en oros babilónicos.

Hoy se acerca [illegible] para la muerte.
Sólo sé que veo gacelas
hieráticas en horas de encantamiento,
en un áspero paisaje
de los Textos Sagrados,
y en esas horas me basto
para la vida y para la muerte,
las dos en una amapola
que el tiempo mueve
solitaria entre las piedras.

Jerusalén, 1962.

Crónica literaria

EN LA VENEZUELA de los últimos años está madurando lo que podría ser una nueva y valiosa generación de novelistas. Con rasgos muy diversos a los de generaciones anteriores. Con un mundo ya propio, dominado por perspectivas e inquietudes más próximas a las de nuestra época. Con búsquedas técnicas, también, a veces muy importantes, que traducen un deseo de renovación. Hecho promisor y realidad al mismo tiempo. Literatura que si tiende a superar los límites estrechos de todo "quehacer literario", alcanzará vitalidad y autenticidad —eso que es lo culminante, pero tan difícil de prever, en la obra creadora. Testimonio de esta generación son las novelas de Salvador Garmendia, de Oswaldo Trejo. Y esta de ahora de Antonio Stempel París.

Los Habituados tiene rasgos de novela bien estructurada. Es decir, con desarrollo orgánico y preciso. Lo que ya es importante en medio de una narrativa nacional en cuyas últimas expresiones se diluye todo sentido de composición, y el relato se vuelve crónica o folletón más o menos disimulados. En tal sentido, Stempel París tiende a rescatar un plano más riguroso para su novela. Y no deja de ser aleccionador que alcance, desde su primera tentativa, una orientación tan firme y a veces tan segura. No estamos muy convencidos, por otra parte, de que se haya despojado de algunos defectos típicos de la narrativa venezolana —el tono caricaturesco, el gusto por recargar el escenario, cierto nivel demasiado periodístico en el lenguaje. Pero el movimiento dominante de la narración se mantiene con eficacia; el drama interno del personaje central, y su progresiva toma de conciencia, logran imponerse. En fin, la vida misma del relato se desenvuelve con vigor, con naturalidad.

Pero el verdadero impacto de **Los Habituados** es que nos presenta una visión lacerante y poco acomodaticia del hombre venezolano. El comportamiento de toda una "generación" durante los últimos tiempos de la dictadura de ayer. Tiempos de tensión política en los que tal vez, y sobre todo para hombres claves de la vida nacional, era fácil prever la caída del régimen. A través de estas páginas, vemos entonces cómo la burguesía —sus intelectuales, sus profesionales— se preparaba a dirigir el cambio de la situación. A tomar —o a retomar— posiciones privilegiadas. A reasumir funciones ductoras, de manera de preservar sus intereses y valores de clase. Aunque ligada por muchos lazos al régimen, sentía que éste no podía sobrevivir. Lo mejor era adelantarse a los acontecimientos. El momento era propicio por demás. La estrategia que se imponía no implicaba ni grandes riesgos ni grandes sacrificios. Cansados el descontento de ciertos sectores. Parlamentar prudentemente con algunos militares. Firmar ciertos manifiestos —acaso la mayor proeza. Toda esa actividad de "gabinete" que tan poco exige individualmente y que, en cambio, tan tentadores beneficios ofrecerá luego. La atmósfera es, pues, de conspiración. Un mismo y distinto rostro de la Venezuela de siempre.

En este clima psicológico y moral se va perfilando la figura de Carmelo Sotillo —abogado de provincia, integrante un tanto relegado de la misma "generación". Aunque enemigo real de la dictadura, ve las actividades políticas de sus amigos con cierta sorna y reticencia. Acaso su misma experiencia vital —su penosa situación económica, su fracaso familiar, sus íntimas frustraciones— le impiden hacer concesiones a la burguesía. Vive, además, un profundo vacío interior, pero toma conciencia de él y no lo disimula. En el fondo, y teniendo pocos valores que respetar, se siente al margen de la sociedad. Rodeado de cierta repugnancia interior. De ahí que acepte, casi pasivamente y en combinación con amigos un tanto del azar, robar a la compañía en que trabaja. Es el dinero que lo salvará de una vida mezquina. Pero en este ser tan al borde ya del gran pecado, se superpone, al final, la gran conciencia moral. Sin estar verdaderamente comprometido en conspiraciones, cae, sin embargo, en las redes de la policía. Buscaban a uno de sus amigos, Guillermo Lares, ya refugiado en una Embajada. Paralelamente descubren el desfalco que iba a realizar y sus dos cómplices lo denuncian. Doble arma en su contra. El régimen quiere obligarlo a una declaración que comprometa a Lares en el robo, de manera de desvirtuar sus actividades políticas y lograr así que la Embajada lo devuelva como simple delincuente. Al rechazar tales insinuaciones, Carmelo Sotillo muere en las torturas. Pero ya su conciencia había despertado plenamente y, antes de sucumbir, recobrado su verdadero ser. Su propia negativa era una victoria contra el Mal venezolano, contra el vacío moral del país. Un hombre que tuvo, al menos, el privilegio de asumir su propio destino. Una conciencia en un momento desviada, pero nunca definitivamente **habituada**.

Este es el desarrollo esencial de **Los Habituados**. La revelación de su poder y de su eficacia. Stempel París ha logrado elevar un hecho del acontecer nacional a un plano de drama de la conciencia individual. La disgregación y la recuperación de la conciencia a través de nuestra propia historia. Creemos que es aquí donde reside el valor de su novela.

Antonio Stempel París
+
LOS HABITUADOS
+
Ediciones Tebas
Madrid
1961

Guillermo Sucre

● Las Literaturas ● Los Libros ● Los Autores

EN VISTA del demostrado éxito mundial del film Mein Kampf **de Edwin Leiser — coronado, en 1960, con la "Golden Award" en el Festival Internacional de San Francisco, como el mejor documental de ese año—, su autor ha estimado procedente editar un volumen que sea, a la vez, un compendio de su documental y una síntesis gráfica de la historia del hitlerismo.**

Este volumen ya está en circulación.

Lo acaban de editar las prensas milanesas de Feltrinelli para Robert Laffont, editor de París, bajo el título de Mein Kampf. **"Documentos sobre Hitler y el Tercer Reich según el film de Erwin Leiser" (Robert Laffont. París, 1962). Su adaptación estuvo a cargo de León Zitrone, autor de la versión francesa del film de Leiser. Lo precede un texto del propio Leiser, donde éste explica los motivos, alcances y fines de** Mein Kampf.

He querido — dice Leiser — mostrar a una juventud, que ya tiene bastantes dificultades para descubrir la realidad en las respuesta que se le dan a sus preguntas, que un hombre tiene derecho a vivir como hombre, y que la degradación del Hombre por el terror o la demagogia de las masas es un crimen mayor...".

Doscientas páginas de gráficas — puntillosamente anotadas por Erwin Leiser — muestran vividamente treinta años de la penúltima historia alemana. Treinta años de historia que, en verdad, los historiadores del futuro tendrán que estudiar al amparo de la fatídica o apesadillada expresión francesa de "entre-deux-guerres".

Este libro, junto con el excelente Hitler. Aufstiege und Untergang des Dritten Reiches. **de Robert Neumann (Verlag Kurt Desch. Muchen, 1961), que reseñamos el pasado año, constituyen los dos más importantes aportes para una historia gráfica de la gran pesadilla, tan grande como real, del hitlerismo. Su lectura visual — perdón por la expresión, pero, al fin de cuentas, desde hace años vivimos, como decía Béla Balazs, en una civilización óptica—, puede enseñarle a las nuevas generaciones la verdad del hitlerismo, como posiblemente, ningún libro "conceptual".**

* * *

EL MARTES último pasado, la Junta Directiva del Ateneo de Caracas, que preside la señora María Teresa de Otero Silva, ofreció un cocktail en la sede de la entidad, para presentar los libros **Del hacer y deshacer de Venezuela**, de Arturo Uslar Pietri, y **La Misa de Arlequín**, última novela de Guillermo Meneses.

Con estas dos obras, el Ateneo de Caracas inicia una labor editorial llamada a cumplir una importante función en la vida cultural de Venezuela, al dotar a los escritores nacionales de un nuevo órgano de expresión literaria que, esperamos, se vaya ampliando progresivamente, como lo promete esta primera "navegación".

* *

BAJO LA DIRECCION del profesor Jean Catrysse, un grupo de alumnos del Departamento de Idiomas Modernos de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela acaba de traducir al español Les Jours son Dangereuses, **novela-epítolar de Pierre-Ambroise-Francois Chordelos de Laclos, publicada, por vez primera, en 1782:** Las Relaciones Peligrosas. **Imprenta Universitaria. Caracas, 1962.**

Según la nota inserta "para la presente edición" — que constituye la séptima versión española de la novela de Laclos—, esta traducción ha querido, amén de superar a las anteriores, responder a una doble finalidad:

"1º Facilitar a los alumnos de Literatura Francesa una versión española de una obra que figura en su programa.

"2º Ejercitar a los alumnos de la especialización de francés en el arduo trabajo que constituye la traducción rigurosa y literariamente cuidada de una obra de más de cuatrocientas páginas".

Finalidad cumplida.

De otra parte, la Introducción antepuesta al texto — debida, asimismo, al profesor Jean Catrysse — observa puntualmente su promesa: introduce austeramente, con los datos esenciales a mano, en el mundo de la novela de Laclos, escritor de raza, bel-esprit — "intelectual", según el vocabulario en uso—, de las postrimerías del XVIII (Laclos murió el 5 de septiembre de 1803).

Sin embargo, cabe sugerir un reparo.

Tratándose de una edición motivada por una finalidad "docente", hubiese sido preferible una edición bilingüe, anotada debidamente, que facilitara la labor futura, sobremanera cuando existen apreciables variantes en las ediciones francesas de la obra de Laclos, hasta el punto, por ejemplo, que resulta difícil cotejar esta versión con el texto establecido por Ives Le Hir, posterior al publicado en La Pléiade, debido a Maurice Allem, que ha sido el utilizado por los traductores.

Por último, la portada de Jacobo Borges es un desacierto. Posiblemente quiso darle un gusto siglo XVIII..., pero terminó dándole una fachada que nos recuerda a las más cursis ediciones de la Belle Epoque, que, entre revistas e ilustraciones amarilladas, abundan en los fondos de las cajas de los bouquinistes del Quai Conti.

Martín Cerda